

Eso sí: ha costado y cuesta trabajo. La rutina, la ignorancia de muchos siglos no se matan con un volapié.

Yo no he visto hasta ayer de un modo tan plástico el cambio de orientación pedagógica. No eran los niños los que se acercaban, ante los profesores, acogidos, trémulos, para recibir la nota estimuladora ó infamante: eran los maestros los que se adelantaban temblorosos hasta el proscenio á pedir la aprobación de sus jueces, los niños, y á hacer el recuento de sus afectos y sus simpatías. Todavía se habló demasiado «para el escenario». Es preciso absolutamente hablar para el público, alto, claro, conciso, ameno. Nada de problemas de investigación ó doctrina; nada de temas pedagógicos de carácter general ó local. Frases llanas, estimuladoras, risueñas ó conmovedoras, episódicas, tiernas, como las de los maestros inmortalizados por D'Amicis. Todo por los niños y para los niños. ¿No son ellos la vida que llega?

¡Fiesta inolvidable! Terminó, como todo acaba; pero dejó tras sí el fulgor de la antorcha que pasaba de mano en mano en los juegos olímpicos. Saludaron nuevamente al concurso los bienhechores; retiráronse los maestros, y la música llenó de armonía el Espacio. ¿Qué era lo que tocaba? No lo sé: una plegeria, un himno. A mí me pareció una obra magistral, inspirada y solemne; tal vez la consagración del Grial; acaso la marcha varonil y triunfadora de las antorchas.

Valladolid.

FRENTE AL MAR

... Y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.—GÉNESIS.

El llano alegre; la montaña melancoliza; el mar sobrecoge. Cuando, dentro de pocas semanas, tornen á las ciudades los veraneantes, los que buscaron las llanuras volverán más alegres y regocijados que partieron; los que se aposentaron en las faldas de las montañas se sentirán más fuertes y tonificados, pero también más reconcentrados y pensativos. Las cumbres tienen algo divino, y todos los dioses han buscado su Sinaí. La voz de lo celeste no puede venir sino de lo alto. Junto á las pendientes abruptas, cerca de las grandes masas rocáceas, en la proximidad de los bosques de pinos y de los arroyos que serpeantean sobre guijarros, los crepúsculos son más largos, las noches más solemnes y más claramente estrelladas, la soledad más total y augusta. Los ruidos lejanos traen la sensación del misterio; los murmullos de la hojarasca parecen salmodiados en rezo ritual: los sonidos remotos de las esquilas de los rebaños vibran en las horas místicas y graves como trémulas campanillas de plata de majestuosas andas invisibles; el perfume de las yerbas silvestres trae penetrantes evaporaciones de gigantescos incensarios, y la Luna, elevándose sobre los picos de las cordilleras, tiene evocaciones y serenidades de eucaristía.

La montaña impele á recogerse al espíritu y elevarse á la compenetración con lo eterno. He aquí

por qué los monjes han buscado sus eminencias para situar en ellas los lugares de recogimiento y meditación. Para comprender á Garín hay que trepar hasta Monserrat, pasar medrosamente ante los gigantes de granita, refugiarse en las oquedades sombrías y mirar desde allí el vuelo poderoso é imperial de las águilas. Para compenetrarse con los heroísmos que inspira la fe, hay que subir jadeante hasta Covadonga y mirar desde allí la tierra, como algo frágil que se desvanece entre brumas. Vivir en la montaña es reconcentrarse en sí mismo, preguntarse el por qué de las cosas y sentir la nostalgia de la Eternidad.



Pero el mar, que también eleva el espíritu, no lo hace jamás sin producir previamente el sobrecogimiento. Por familiarizado que se esté con la contemplación de ese monótono horizonte de espanto que parece juntar la tierra con los cielos—cuadro sublime de una sola línea—y con el fragor del oleaje—sinfonía perdurable de una sola nota—, la primera impresión que produce siempre la contemplación del Océano es de estupor y de miedo inconsciente. El mar es muy grande, demasiado grande, y, además, es, por todos los siglos de los siglos, un tenebroso arcano. Guarda en su seno innumerables osamentas de hombres que buscaron sobre su superficie el medro, la victoria ó la inmortalidad; aprisiona los corroidos cascos, las hendidas arboladuras de infinitas naves, á las cuales perdió *la dicha de las otras*. Y, además, unas veces con su rugido manso y otras con el grito atronador que inspiró á Núñez de Arce su

poema adolorido y escrito en estrofas de l'anto, nos recuerda implacable nuestra pequeñez, apta para surcarlo, mas incapaz de comprenderlo.

La mayor parte de los mortales que bañan su erotismo en las playas de moda, no se hacen quizá tales reflexiones, aunque la sensación momentánea del terror á lo ignoto produzca un escalofrío instantáneo en su medula. Tienen ojos y dicen que ven; oídos y que oyen, *sed non audiunt*. Entre ellos y el mar tienden un velo la vanidad, la sensualidad y la estulticia. Es preciso apartarse de las muchedumbres, pesquisar los lugares solitarios y despejados y enfrontar el mar cara á cara. Entonces, el estupor y el sobrecogimiento sobrevienen. Aquello es el mar, que cambia de color con las nubes; de aspecto, con las horas, y los vientos, y las calmas, y las borrascas, que nos muestra infinitos cambiantes, cual el absoluto saber, y que constantemente en el mismo. La unidad en la variedad; lo abstracto en lo concreto; lo invariable en lo contingente; la vida en la esencia. La inteligencia se fatiga; comprender el mar es para ella demasiado esfuerzo: se conturba y se postra.



Diréis que el hombre se ha adueñado de otras magnas grandezas; que ha sabido horadar las montañas, separar los ríos de sus cauces y cambiar sus meandros, registrar las entrañas del planeta y medir los espacios siderales. Mas el hombre pasa por las montañas, pero como el gusano y el topo, y, á lo sumo, con el vuelo torpe de la palmípeda; araña la tierra con garras de titán, pero sin conseguir otra cosa

que levantar su costra; mide el firmamento, pero estrellando siempre sus cálculos contra el más allá. Y cuando cree haber dominado las fuerzas que, en su necia autolatría, denomina brutas, es de nuevo arrollado por ellas y barrido como un frágil montón de aristas. El hombre dominará el mar y será dominado por él.

Porque toda su ciencia no es mas que una ola formidable que, cuando parece que ha de arrollarlo todo, se deshace en bramidos y espumas.

Y pasarán los hombres y las piedras que de ellos se escribieran, y el mar seguirá tendido como un soberano ceñudo sobre su lecho insondable de abismos. Y si un día llegara á evaporarse, al sopro increado de un supremo designio incognoscible, los hombres no podrán darse de ello cuenta, porque hará muchos siglos que se habrá extinguido en el Universo la vida.

Los viajeros, cuando regresan á sus lares, no se despiden de la llanura: la vuelven la espalda con indiferencia, tal vez hastiados de su monotonía; acaso miran con reconocimiento á las cumbres, que las dieron sus auras saludables y levantaron su pensamiento en las horas de soledad confortadora y plácida; pero todos, apoyados en el alféizar del vehículo que los arrastra hacia la aniquiladora voráGINE de los menesteres cotidianos, vuelven la mirada subyugada y escrutadora al mar. Unas rocas lo ocultan; pero vuelve á aparecer majestuoso y envuelto en brumas azuladas; de nuevo se esconde tras de los ribazos floridos. Todavía se ve, lejano, melancólico, sugestionador, atrayente. Por fin, desaparece; pero el viajero aspira todavía á pleno pulmón sus ozonizados y

vivificantes efluvios. Al cabo, la sensación se desvanece, y es entonces cuando el pasajero se deja caer desabridamente sobre su asiento y cierra los párpados para evocar, en una postrera y consoladora visión, la línea infinita...

Santander.

SORIA PURA

Tengo en mis manos la bellísima colección de postales, que honra á su autor, el joven artista soriano Aurelio Rioja de Pablo.

Con ser tan hermosas, que no habrá seguramente en España muchas que en gusto y en ejecución las superen, me han producido una intensa melancolía inefable, un hondo é inexplicable abatimiento. Son, en el crepúsculo de mi vida, una evocación á su despertar; son un llamamiento supremo que hace al alma adormida una voz misteriosa, que parece repetir la doliente copla de Jorge Manrique:

¡Cómo se nos va la vida, tan callando!

¡Oh, noble, hidalga y vetusta Soria! Prestan otros lugares á la niñez arrullos de frondas, rumor de oleajes, hervor de multitudes, que se traducen en arrestos, esperanzas y ardientes impulsos. Tú, con tus viejas y heroicas piedras, le das la conciencia imperecedera de toda la grandeza del ignorado absoluto inmortal; tú, con tu adustez hidalga, impasible,

grabas en el alma infantil el sello de las cosas magnas, que no se extinguen, y de las idealidades, que perduran.

Y así, todos los niños son tempranamente románticos. Aun en aquellos de apariencia más ruda y selvática, aun en los de más vulgares instintos, hay siempre un soñador. ¿No recordáis, amigos? Después de nuestros juegos alborotados, nuestras diabescas travesuras y nuestras riñas, bastaba una palabra para volver á nuestros ademanes y á nuestros rostros la seriedad más digna, como quien sabe que vive en un viejo solar caballeresco, en que es cada sillar un romance y cada capitel un timbre de hidalguía; como quien presente que todo cuanto le rodea tiene un sello inmortal y una augusta magnificencia que es, en verdad, superior al tiempo.

Por eso los cantos populares sorianos, con ser análogos á los de otras feraces comarcas, tienen un dejo melancólico que les da peculiar estilo. Su cadencia es más reposada, más triste; nunca falta una segunda voz que subraya la melodía en tercera baja; su compás es más lento; no parecen escritos para bailes agitados, sino para danzas reposadas, que tienen á la vez un carácter guerrero y místico. Parecen encerrar una invocación á la Naturaleza madre, que palpita con ardores de brasa inextinguible, debajo de todas las nieves del Moncayo.

Todavía soy vigoroso y fuerte; pero siento la inmensa pesadumbre de tanta ilusión muerta, de tanto ser querido como me abandonó. Y quisiera, al final de mi vida, volver á los sitios en que mi espíritu despertó á la luz increada; recorrer, á la luz de la Luna, los claustros románicos y ojivales; mirar de frente

los rostros simpáticos é impasibles de los santos deformes que en las hornacinas dibujan una tris'e sonrisa de piedra; pasar bajo los arcos sombríos, en que las pisadas resuenan como golpes de llamada á la tierra que nos ha de guardar; deslizarme á lo largo de las calles angostas, junto á los muros húmedos conventuales; dar vuelta á los ábsides y á las torres en que el Renacimiento puso sus águilas y escudos heráldicos. Y, luego, ir, mendigo de idealidad, de puerta en puerta, recogiendo en los dinteles de mis amigos los pedazos de mi corazón.

Tengo en mis manos las postales de Aurelio Rioja; volviendo á mirarlas una á una, recuerdo que todo aquello lo he vivido, ¡y con qué intensidad! ¿No es aquel el río, sobre cuya superficie congelada arrojábamos piedras ó resbalábamos en mañanas transparentes, como un fanal, frigidísimas como un helado soplo de cierzo? ¿No son aquellas frondosas márgenes las que hemos recorrido cantando en tardes de sol otoñales, unas veces camino de San Polo y otras en busca del santo anacoreta? Allí está el palacio de Gómara, con su torre prócer, sus galerías y arcadas dóricas y el busto de una dama que parece evocar pesares de leyenda.

Aquí están los claustros sin rival de San Juan de Duero, junto á cuyos arcos entrelazados fuimos más de una vez, con nuestras carderas enligadas y los reclamos de Folías, á cazar pajarillas y ensueños. Esa es la plaza de Herradores; por aquella esquina de la calle angosta de Numancia, aún parece que va á pasar la figura austera de D. Ignacio Granada, ó la silueta amable del viejo Rabal.

Yo he derribado los bolillos frente á aquella herre-

ría, cuyos golpes de yunque todavía resuenan en mi corazón. He aquí la iglesia de Santo Domingo, con su ingreso de arcos concéntricos, sus columnas apareadas y su rosetón magno. Allí hemos rezado y llorado y sentido las más tiernas emociones tempranas; es algo nuestro; es, como San Juan y el Salvador, y el Espino y la Colegiata, la casa de todos.

Y el Mirón, con su columna y santo barrocos, y San Nicolás, con sus grupos hieráticos, y la Soledad, con su amplia y hospitalaria avenida, y Numancia, con sus campos heroicos y sus maravillosos hallazgos... ¡Oh, piedras benditas! No habéis cambiado: sois las mismas, aquellas ante las cuales descubrió su cabeza el que hoy pide que le cobijéis como hijo adoptivo.

Yo me atrevo á rogar al simpático artista Aurelio Rioja que haga, si ya no la tiene, una nueva serie de postales. Yo he echado muy de menos en la actual el Collado, con sus típicos soportales y sus edificios suntuosos; el jardín de la Dehesa, espléndido y umbrío; el venerable y viejo Instituto, en que inolvidables maestros nos dieron comunión espiritual y nos concedieron la imposición de manos; una escena de la típica fiesta de las Calderas, animada y jocunda; la Diputación y el Ayuntamiento, en que se albergan Corporaciones celosas y dignas de la región; detalles de capiteles románicos de San Juan y la Colegiata, del mayor interés escultórico; la portada de Castejón, los bajorrelieves de San Nicolás y otras bellezas que tendrá muy presentes su excelente criterio. Con esto, entiendo que su colección de postales será una de las más admirables y completas que se han puesto á la venta en España.

Entretanto, los ausentes, los que sentimos la nostalgia de la ciudad hospitalaria y regia, le debemos un grande, un inestimable beneficio. Ha traído el joven artista soriano á la soledad de nuestro modesto cuarto de estudio una ráfaga de idealidad, de grandeza y consuelo; armonías calladas, reminiscencias gratas dormidas, de hogares tibios, rincones apacibles, ruinas venerandas, verdaderos nidos de afecto y amor á que volvemos cada día con más cariño y pesar nuestros ojos, á medida que nuestro espíritu fatigado va sintiendo plegarse y abatirse sus alas.

Soria.

MISA PARA UN SOLO FIEL

He entrado en el Museo; por milésima vez he recorrido las galerías, llenas de evocaciones: me he detenido ante los cuadros inmortales que embelesaron mi juventud. Después de dos horas de peregrinación por las regiones del ideal, he mirado alrededor y he experimentado una sensación de soledad sobrecogedora. Estaba solo; en el prodigioso edificio en donde se guarda todo nuestro tesoro pictórico, era el único visitante.

Y después he entrado en una biblioteca. He pasado por entre los estantes sugestionadores y adustos. He pedido un libro de meditación. Al dejarlo, luego de haberme identificado con los místicos soliloquios, he visto también con sorpresa que yo era el único lector. Y esto, ¿lo creeréis?, me ha confortado el áni-

mo. Conviene estar solo alguna vez; creer que el en universo espiritual ha sido creado para uno, y que en él es posible tender el vuelo hacia lo infinito, como en aquella misa memorable... En verdad, nada de ella dije. Y á fe que era fácil... No había sino llamar queda y suavemente en el santuario de los recuerdos.

Fué en Ávila. Salí con el alba á visitar las piedras venerables, cuando nada podía distraerme de su contemplación callada y devota. Primero, las murallas, recias, altivas, con sus cubos, de cilindros sabiamente engendrados. No hay ejemplo de una fortificación de la Edad Media tan consistente, tan desembarazada, tan completa, con sus ochenta y ocho torres, sin construcción alguna parásita adosada que oculte sus arranques; con sus puertas militares, sus rastrillos, sus almenas, sus torreones gigantescos y sus arcos, bajo los cuales parece que van á penetrar las mesnadas, armadas de lanzones y de ballestas.

Luego, las plazas solitarias, de encanto melancólico, con sus casones blasonados, sus trebolados arcos góticos, y sus paredes denegridas, y sus rejas, y sus alféizares, y sus jambas mudéjares ó platerescas, que hablan de señoriales abolengos y de vidas honestas patriarcales. Después, la catedral, que no tiene en sus dinteles santos, sino mesnaderos y leones; que se alza amenazadora como una fortificación inexpugnable, orlada de guirnaldas de bolas que dentellean las aristas de los machones, que dan al festoneado edificio un aspecto marcial; con sus naves estrechas y elevadas, majestuosamente opacas; sus órdenes de sutil arquería, sus elegantes tracerías y, sobre todo, sus maravillosos sepulcros; por fin, San Vicente, con su

puerta bizantina, émula de la santiaguesa de la Gloria; sus cruceros de próceres alas, sus tres gallardos ábsides, y en el interior, los peraltados arcos, sus mausuleos y sus labradas criptas. Y todo ello visto en la soledad, sin guías importunos, sin covisitantes prosaicos. Al salir nuevamente á las calles, alumbradas ya por el sol, pero refrescadas por un cierzo sutil, parecía despertar de una romántica letargia. Crucé varias solitarias callejas; llegué frente á Santo Tomé. Empujé el portalón y entré decidido en el templo.

Recibí una sensación de pasmo y sobrecogimiento. Cerrada la puerta tras de mí, quedé en obscuridad bajo el coro. La iglesia aparecía, frente á mí, iluminada por una luz tenue, tamizada por las vidrieras de un artísticamente rasgado ajimez. Desde la sombra contemplaba aquella perspectiva como en una visión panorámica. El templo estaba desierto, y, para mayor sensación de soledad, enfrente, en lugar del altar, veía en la capilla mayor un gigantesco arco rebajado, destacándose sobre un negro fondo de tinieblas. Y, en medio de aquel fondo tenebroso, aparecía con albura inmaculada un alabastrino sepulcro. Solo, en medio del templo, dormía su místico sueño eternal el heredero de dos mundos: el infante Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, á quien la muerte arrebató en flor grandeza y poderío. Allí, en medio de la medrosa y obscura cripta, dormía su sueño de piedra, envuelto en los flexibles pliegues del manto marmóreo, la espada al costado, arrojados los guantes, ceñida la frente juvenil por la imperial diadema, yerto sobre el sepulcro flanqueado de águilas de vuelo frustrado como la grandeza del héroe.

La sensación de soledad era total, y, sin embargo, en el coro, encima de mi cabeza, creía escuchar bisbiseos de rezo, y las notas de un órgano sonaban también, pero semiapagadas, debilísimas, como una música lejana y celeste, sin duda, bajo la calenturienta presión de los dedos de un monje, una misa de Palestrina. Y entonces fué cuando, á lo lejos, sobre la cripta, divisé el altar y vi al oficiante, sobre cuya casulla caía la capucha de dominico, elevar sus plegarias, sin cantos, sin gritos desacordes, en íntima y devota plegaria.

En el templo, grandioso, místico, impregnado de un ambiente de revelación augusta y suprema, como en la consagración del santo Grial, era yo único fiel. Despejada, ante mí se mostraba, con sus losas amarillentas y sus paredes sin blanqueo, la soberana nave, con sus claves doradas y sus góticos arcos de prodigiosas tracerías. Pero no había medio de apartar la atención del lúgubre frente, de la negra y húmeda cripta, sobre la cual un fraile humilde oficiaba en el santo Sacrificio para un solo fiel, turbado, confuso, avergonzado de sus dudas torturadoras, medio aniquilado, como el ángel rebelde, perdido en la inmensidad del pensamiento martirizador, como Lutero bajo las oscuras y frías naves de la catedral de Maguncia.

Y el órgano seguía, apacible, «pianísimo», modulando sus celestes arpeggios, sus azulados y apacibles acordes, sus apoyaturas leves, sus cantos de castidad y místico transporte. Sobre mi cabeza, los monjes oraban, sin duda, arrodillados, con la frente en el polvo, vertiendo el llanto candente de la renuncia. Y me sentí más solo que nunca, y, en un supre-

mo esfuerzo, retrocedí, empujé el portón con las espaldas y, como si realizara una vergonzosa huída, salí.

Y una vez oreado por el viento de la serranía y vivificado por los rayos del sol, respiré fuertemente, como si después de haber oficiado para mí solo un fraile, un coro, un espectro, una basílica de piedra y un haz misterioso de acordes, necesitara mirar alzarse en victoriosa eucaristía el disco deslumbrador del sol ardiente y fecundador, que oficia en el firmamento su misa ritual para todos los seres.

Avila.

LAS BARRETINAS

Rival de la Otomana en fama europea—decía Fernández de los Ríos—es la Puerta del Sol. Su celebridad es bien triste. Preguntad, sobre todo, á los catalanes. Creen de buena fe que la Puerta del Sol es el centro de los desocupados, de los vagabundos de levita, de los que medran á costa de España. Semejante error legendario debemos á costumbristas y pseudoliteratos. Tal debió ser la idea que de ella tuvieron, antes de llegar á Madrid, los simpáticos y laboriosos orfeonistas de Tarragona.

Émula de la boina ó del gorro frigio es para algunos madrileños la barretina. Significa para ellos algo como un símbolo de separación y de rebeldía. Cuando no es la remembranza del alzamiento pintado con encendidos colores por Melo, es la condena-

CAPITULO ALFONSINA

ción fría y árida de Robert. Se habla de ella como de una amenaza, que han cuidado de subrayar los industriales de mala fe y los sectarios irreductibles.

Mas he aquí que las barretinas han aparecido en la Puerta del Sol. Serios, graves, tranquilos, irrumpieron en sus aceras los hijos de Cataluña; tras ellos aparecieron las bellas y pulquérrimas campesinas y obreras tarraconenses. Tocaban sus cabezas gentiles con la mantilla blanca, como ellos con la barretina morada, de corte regional. Caminaban dignos, convencidos de su alta misión de embajadores y representantes del arte popular. Y la muchedumbre madrileña prorrumpió en aclamaciones y vítores, y luego, atronó entusiasmada el espacio con un aplauso cerrado, formidable, tan largo, que hubiera podido en sus compases el inmortal Clavé escribir las notas de un himno al amor y á la fraternidad de los pueblos.

Los orfeonistas, indudablemente, debieron sentir en sus pechos algo inesperado y sublime, porque descubrieron sus cabezas y saludaron conmovidos á sus hermanos de Castilla. Fué aquel un momento de emoción intensa, de grandeza excelsa é insuperable. Contra todas las mezquindades de bandería, contra todas las miserias particulares y egoístas, se alza triunfante el sentimiento magno de la Patria. Cataluña y Castilla saben que son hermanas, que una sola es la tierra que hace germinar en los surcos el pan y guarda en sus entrañas los huesos de sus progenitores. Pese á dogmatizadores y ambiciosos, los pueblos eonocen su misión verdadera, que consiste en amarse, ayudarse y cooperar á la obra de progreso y cultura que ha de redimirles un día de la ignoran-

cia y la esclavitud, y borrar las fronteras trazadas con sangre de humildes, para unirse con lazos indestructibles de inteligencia, afecto y solidaridad.

Un momento como éste de expansión sincera, de nobleza y cariño íntimo, borra muchos siglos de rencor injustificado, de odiosidad y desconocimiento de los hombres y de las cosas. No hay triunfo ni epopeya que iguale á estos transportes de la sensibilidad enaltecida por el instinto del ideal. El «¡viva Cataluña!» que sonó en la Puerta del Sol fué sincero. Surgió del entusiasmo de todo un pueblo y jamás podrán olvidarlo los catalanes. Es una sombra que se disipa, una afirmación categórica de unión y de solidaridad de los trabajadores y los artistas enfrente de los particularismos de los patrioterros de oficio y los explotadores de la ignorancia ó la candidez.

Los coros catalanes, y singularmente los de Tarragona, reúnen además méritos suficientes para ser aclamados, aun sin estos motivos de índole nacional y humana. Integrados están por el culto del Arte; formados por trabajadores del taller y del campo, que se privan del oficio y del descanso para satisfacer una de las más altas necesidades del espíritu. En vez de ocupar sus horas de asueto en vicios embrutecedores ó en desviaciones malsanas, las emplean en formar su cerebro y su corazón con las enseñanzas artísticas. Y lejos de predicar la enemistad entre regiones de igual abolengo, procuran dignificar y elevar á la suya, llevando á todas partes sus cantos, su lenguaje, sus aspiraciones legítimas, el culto de sus ideales sacrosantos, para que en todas partes se rinda admiración y cariño y se les otorgue voluntariamente la ofrenda del vítor y el aplauso. Cuando